

cio, pues era imposible derrotasen á las tropas del gobierno. Sin embargo de esta noticia y otras que acaso recibiria el comandante, hizo que se tocase generala y saliese él mismo con la poca tropa que se juntó, y muchos patriotas y paisanos á distancia como de media legua; pero noticioso de que los americanos se habian retirado, se retiró esta partida al pueblo.

Se mandaron recoger los cadáveres, y se depositaron en la capilla de la hacienda de Santa Isabel, de donde á las seis de la tarde los condujeron en angarillas á darles sepultura en el cementerio de la parroquia, y al efecto estaba abierta una fosa donde los enterraron.

El dia siguiente, 26 de febrero, se avisó como á las siete de la mañana que se aproximaban los americanos. Esto puso en movimiento al vecindario; se levantaron los puentes y se tocó generala, y como á las nueve y media se descubrieron venir formados por las labores de la hacienda de San Francisco. El comandante distribuyó las fuerzas que tenia en las fortificaciones, y parte subió á la iglesia. Los americanos, en número como de ochocientos, dieron vuelta á todo el pueblo sin empeñar ninguna accion, y solo en el cerro del Tetzontle se situó una partida de infantería que hacia fuego á los que ocupaban la iglesia, y de estos un criado que solo estaba de espectador, murió de una bala. Como á las diez y media se recibió una intimacion de Osorno, que está copiada en la Gaceta. Se le contestó á lo Quijote, y aunque se esperaba que realizasen su amenaza, no hicieron los americanos otra cosa ya que recoger todo el ganado de las haciendas de la circunferencia, y llevárselo á vista de todos los que de las alturas de Tulancingo los observaban. Al pasar un capitán, sobrino de Osorno, por uno de los parapetos, recibió un balazo del que murió.

Entiendo que parecerá á V. minuciosa la precedente relacion: yo la he presentado con esta exactitud, porque en breve se conocerá que Zacatlán fué subyugado por las tropas de Tulancingo dos años despues por causa de este y otros desaciertos de la misma naturaleza cometidos por Manilla y Osorno.

Si no era favorable á los españoles esta alternativa de sucesos

y desgracias en el rumbo del Norte, los descalabros que padecian sus tropas en las inmediaciones de Veracruz les eran de muy funestas consecuencias, pues paralizaban enteramente el comercio de aquella plaza, y empeñaban al gobierno á hacer costosas expediciones para contener siquiera un tanto el impulso que hacian los insurgentes de aquel rumbo, atacando los convoyes en los indispensables puntos de su tránsito.

El 7 de diciembre del año anterior (1812), el gobernador de Veracruz Quevedo, dispuso que el teniente de navío D. Gonzalo Ulloa, saliese con trescientos hombres al canton de Paso moral en demanda de su comandante Juan Garcia y de José Antonio Martinez, á quienes se propuso sorprender. Efectivamente, á la entrada en los ranchos del *Moral* fué donde se trabó un choque, en el que quedaron muertos dicho Garcia y su segundo Juan Quirio. Apenas habia caminado Ulloa una milla por una senda muy estrecha, cuando se vió metido en una emboscada, en la que murió su guerrilla, y tuvo que retroceder al punto de donde habia salido: vióse ademas cortado por la espalda, y con mucho trabajo pudo salvarse por un camino intermedio entre los dos que ocupaban los americanos, y retirarse á la hacienda de Santa Fé. Reforzado despues de estos ataques con cien infantes de la plaza de Veracruz, al mando de D. Nemecio Iberri, tornó á dirigirse nuevamente á Paso moral, donde quemó algunos jacales. Habiendo intentado regresar á Veracruz, se vió últimamente atacado abajo del punto que llaman el *Manantial*, donde se empeñó una accion que duró mas de tres horas, con lo que terminó esta expedicion de cinco dias, en que los españoles tuvieron no poca pérdida, y Martinez adquirió gran nombradía, logrando imponer á la guarnicion de la plaza de Veracruz, con cuyos vecinos y comerciantes llevó en lo particular grande amistad, é hizo tales servicios, que lo amaban y celebraban tanto cuanto le temian. ¡Ojalá y que igual consideracion hubiese merecido á los mismos gefes americanos de quienes fué víctima, como despues veremos!

Por esta accion quedó humillado un tanto el orgullo de los veracruzanos adquirido en la accion de Tuxtepec el 5 de enero

siguiente (1814). Topete invadió la provincia de Oaxaca que confina en dicho pueblo con la de Veracruz, á cuyo efecto embarcó la division de su mando por el *Río tonto*, en cuyas márgenes está situado Tuxtepec; su guarnicion no esperaba tal ataque, y estaba mal organizada alzando una batería de dos cañones situados para su defensa. En dicho pueblo fué hecho prisionero su cura *D. Domingo Palancares*, eclesiástico recomendable, y sobre quien pesó la mano de Topete, tratándolo con dureza por ser sugeto (dice) *sobre quien he traslucido debe vivirse con precaucion*; palabras que sin duda forman su elogio. Sin embargo de todas las inectivas con que procura ultrajar Topete á los americanos situados en aquellos puntos, él llevó un gran comercio de granas con ellos en los dias de su revolucion, y su lealtad al rey Fernando no llegaba hasta *su bolsillo*.

No se hundieron poco en el despecho los españoles por la circular que espidió el gobernador de Puebla Ortega, y que se lee en la Gaceta núm. 540, tomo quinto, á resultas de la averiguacion judicial que hizo el juez de letras *D. Antonio María Izquierdo*, sobre la *castracion* que hizo José Vicente Gomez de varios hombres, cuya propagacion pretendió obstruir por este medio, en perjuicio de la humanidad y solo á beneficio de los coliseos y coros de las catedrales, que tendrian en ellos una almáciga de excelentes cantores, medida que debiera haber adoptado Calleja si hubiera pensado seriamente en aliviar su fortuna miserable, aplicándolos á una escuela de capilla.

En el tránsito (dice esta famosa circular, que se leerá con gusto en Italia) de la capital de México á Puebla, fueron sorprendidas varias personas por los bandidos, y han tenido la desgracia de ser castrados por estos verdugos de la humanidad, sin que bastase ninguna súplica á libertarlos.

Este horroso crimen, que la misma crueldad repugna, está ya admitido por los bandidos con otros delitos de la misma magnitud, y ninguno tiene la desdicha de caer en sus manos que no sufra la *castracion*, estrellándose con mas particularidad contra los soldados de los cuerpos †, que olvidándose de su dignidad y obli-

† Parece que quiso decir espedicionarios, ó de españoles á quienes procuró es-

gaciones, se desertan y se les unen. . . . Sigue haciendo una enumeracion de los infelices que sufrieron esta operacion, que debió el Sr. Ortega omitir, pues no ignoraba este gefe el desprecio con que son vistos por lo comun esta clase de hombres defectuosos en la sociedad: hasta las gatas huyen y se burlan de los de su especie que tienen este defecto. El objeto de la circular fué amenazar á los soldados desertores con esta terrible operacion, como á los niños con el *coco*; pero esto era falso, pues Gomez y todos los gefes de la insurreccion recibian con placer á los desertores, y aun los gachupines eran doblemente apreciados, porque servian muy bien, como lo acreditó la esperiencia, y se batián con doble denuedo sabiendo que si eran pillados perecian fusilados irremisiblemente.

El 5 de enero siguiente (1814), recibieron los españoles otro golpe que les fué muy sensible. El teniente coronel *D. Antonio Fajardo*, sargento mayor del regimiento Fijo de Veracruz, salió de esta plaza escoltando un convoy con mas de cuatrocientos hombres de fuerza y un cañon: viose atacado por una gruesa division de americanos en las lomas que llaman de *Tolome*, que se echó á todo escape sobre su retaguardia, la puso en desorden, y causo no poco estrago, retirándose con precipitacion á Paso de ovejas. Al dia siguiente quiso penetrar por puente del rey, que lo halló tomado y ocupadas las eminencias inmediatas, y ademas á su entrada habia un parapeto de no poco espesor, cubierto de espinos que habian construido en la noche anterior: asimismo descubrió otro en lo alto de su derecha, que formaba la figura de una herradura, y en la falda de la montaña otros dos pequeños, á corta distancia uno de otro, y cuyos fuegos se protegian mutuamente. Por fortuna, segun la estacion, el rio tenia poca agua en un vado inmediato, que intentó pasar, y allí se trabó una nueva batalla, en la que sufrió mucho estrago de los americanos, pues segun confiesa en su relacion, tuvo nueve muertos y veintiseis heridos, entre ellos el capitán *Gutierrez de Alva-*

tinguir Gomez por este medio doloroso cuando los cogia batiéndose, que logró convertir en ciencia, como la de sacar muelas, sanando muchos y quedando lúcios, aunque sin barbas, que desaparecian luego de la cara, y esta se ponía pálida.

rado. Parece que aquel punto estaba destinado para regarse con sangre, pues como por su posición formidable y de difícil tránsito, pero inevitable, estaba por lo común ocupado por americanos, allí hacían algunas ricas presas que les sufragaban en parte las fatigas y gastos de esta guerra. Ya veremos en la serie de esta historia el ataque dado por Victoria en este mismo lugar en principios de julio del mismo año.

Los aprestos del general Morelos sobre Valladolid, y el buen éxito de la toma de Acapulco, hizo pensar seriamente á muchos españoles sobre su suerte; algunos pidieron pasaporte para España y salieron de aquí en convoy, llevando consigo sus riquezas y cuanto tenían apreciable, bien ó mal adquirido. Iban varios sugetos de viso, como los Sres. Bodega, oidor de esta audiencia, destinado al ministerio de la gobernación de Indias por la regencia de Cádiz; el ex-fiscal Borbon: D. Nemeo Salcedo, comandante que fué de Provincias Internas; el oidor D. Pedro de La Puente; D. Jacobo Villa-Urrutia; el canónigo D. J. M. Alcalá, y otros de menos rango; por tanto, el convoy se confió al teniente coronel D. Saturnino Samaniego, mas charlatan que bravo, y que se había hecho famoso en el rancho de la Virgen, donde fué muerto D. Valerio Trujano, según dijimos en una carta de la segunda época, primera edición. Los aprestos por los españoles para extraer el convoy, fueron iguales á los que los insurgentes hicieron para quitárselos. Me consta que el comandante Ríos de Omealca, junto á Villa de Córdoba, fué hasta Huajuapam en solicitud de parque, que le dió en abundancia el general Rayon. Efectivamente, el convoy salió de México confiándosele la vanguardia, como mas espuesta, á Samaniego, y la retaguardia á Conti, que ya se cuidaba mucho de los insurgentes por las heridas que recibió en el sitio de Coscomatepec.

El 24 de febrero fué atacado en el punto del Zopilote y Paso de S. Juan. El Sr. Bodega perdió casi todo su equipage: lo mas sensible para este sábio estraordinario fueron sus manuscritos. Borbon perdió un baul en cuyo fondo iban no pocas onzas de oro pegadas con betun, y cuyas señales vi estampadas: perdió la cruz de Carlos III, pero salvó alhajas muy preciosas de oro, y

moneda bastante de este metal que llevaba en otro baul dentro de su coche: eran percances de su oficio fiscal, no poco socorrido en los tiempos bonancibles en que lo sirvió. Los insurgentes se pusieron sus batas y se dejaron ver de mogiganga. La capa de este *justo*, que era de grana, la ví en Tehuacán en poder del Lic. D. Rafael Argüelles. Tambien pagó su tributo Salcedo, de lo mucho que llevaba á España de lo que tomó á los señores Hidalgo y Allende, cuando fueron arrestados en las Norias de Baján; esto llamaba él *su haber*, con el mismo derecho que el gato llama suya una presa de carne. . . . *Miau.*

Entre lo que se le tomó á este gefe, fueron unos planes levantados por el anglo-americano D. Juan Robinson enviado á mapear lo interior de nuestras provincias, á quien despojó de ellos y puso preso en Chihuahua. En el año de 1815 D. Manuel Terrán se los presentó á su autor que estaba al servicio de la nación, quien los reconoció por suyos, pues tenían su firma, é hizo que los copiase, y despues se han impreso en los Estados-Unidos: he aquí los trastornos de una revolucion.

Entre los papeles de Bodega iban varias representaciones contra Calleja al gobierno español, las que despues que sé yo como vinieron á manos del Virey; formó de esto gran queja contra Bodega, quien dijo que él ignoraba lo que llevaba cerrado: finalmente, se tomaron cartas de correspondencia muy curiosas: cartas de una *Zupaquilda* á Venegas, del autor de los caracteres para conocer á los insurgentes, y de otras personas, que anduvieron de mano en mano y fueron materia de burla entre los insurgentes. Algunos de estos escritores sirven empleos en la actualidad, y pasan por excelentes patriotas; mas yo que los conozco con oá mi mano derecha, me burlo de ellos, y los miro como en Africa á los cristianos renegados: quiera Dios que no los mire un día como á hereges *relapsos*. De este célebre ataque no se da idea en las Gacetas, y solo del que á la vuelta tuvo Samaniego, cuya relacion obra en la Gaceta núm. 549, y se dió casi en el mismo lugar. Tomáronle, según su confesion, setenta mulas, ¡cuántas mas no serian? Estraviaron las mulas llevándose las yeguas que las guiaban: cortaron las reatas, acinaron las cargas en el camino, y

todo contribuyó al intento de los insurgentes, según aquel adagio de que á rio revuelto ganancia de pescadores: finalmente, le hicieron éstos muchos muertos, comandados los insurgentes por José Antonio Martínez, y le destrozaron las partidas de infantería y caballería que mandó Samaniego á vanguardia para sostener el convoy en su tránsito.

ESPEDICION DE LOS ESPAÑOLES SOBRE OAXACA,

Y MOJIGANGA DE LAS VIEJAS PARA CELEBRARLA.

El 10 de marzo de 1814 marchó de Puebla la expedición que se destinó á Oaxaca, compuesta de mas de mil hombres, al mando de D. Melchor Alvarez, coronel de Saboya: salió igualmente para auxiliarla, el batallón de Castilla al mando de su coronel D. Francisco Evia, el cual no llegó á penetrar á Oaxaca, sino que se quedó en Huajuapam por si fuese necesario su auxilio. El brigadier D. Ramon Ortega debió haberse encargado de esta empresa; ignoro por qué no lo hizo, y solo me consta que se limitó á publicar una proclama en que reencarga el mayor arreglo y disciplina militar á la tropa. Nada de esto era necesario; se iba á tiro *hecho*; la trama estaba urdida de antemano, y convenidos los mandarines de Oaxaca: sus ricos comerciantes todo lo habian proporcionado; sin embargo, era necesario darle á este asunto todo el aire de una empresa tan árdua y difícil como lo fué el paso del Granico, ó la jornada de Arvéla para Alejandro.

D. Ignacio Rayon luego que entendió que se aproximaba Alvarez, se retiró de Huajuapam para Tehuacán, y le dejó el paso libre. Las trincheras formadas en el rio de S. Antonio por D. Benito Rocha, y dirigidas por D. Jacinto Varela, con fuegos cruzados, camino cubierto y en orden militar, fueron inútiles; doscientos hombres decididos en aquel punto, bastaban para contener triplicada fuerza de la que Alvarez traía, tanto mas, cuanto que habia en Oaxaca excelentes cañones, abundante parque, y no faltaban trescientos fusiles que presentar en aquel punto. Es verdad que combinada la expedición por el gobierno de México, amenazaba Dambrini por Tehuantepec, alguna fuerza

amagaba por Tesechoacán; Reguera hacia sus escarceos por la costa del Sur; pero todo era tortas y pan pintado si se logra derrotar á Alvarez en dicho punto, pues para el caso de una desgracia habia retirada por Cuicatlán, á salir á Tehuacán de las Granadas, y otros puntos donde no faltaban regulares partidas americanas.

Luego que los pocos insurgentes que habia en Oaxaca supieron de la aproximación del enemigo trataron de retirarse, y pudiendo hacerlo por S. Juan del Rey, tomaron el camino del Oriente á penetrar por la Sierra y salir á la de Zongolica: su marcha fué peligrosísima y espuesta á ser cortados por los enemigos del rumbo de Veracruz que los asaltaron en el pueblo de *Chiquihuitlán* al mando de *Murillo*, é hicieron prisionero al coronel Mellado, librándose por entonces casi milagrosamente el Sr. Crespo, que despues fué prisionero en Zacatlán y fusilado en Apam, como queda dicho ya en otra Carta.

Al salir los americanos de Oaxaca, fueron insultados por aquel populacho que los apedreó y burló para congraciarse con los gachupines. El Dr. San Martin, lectoral de aquella iglesia, debió salir con ellos, y aun anduvo en su compañía toda una noche á caballo, pero se quedó oculto en el curato de Tlalixtaca, de donde despues salió para incorporarse con los demas canónigos que salieron á recibir á Alvarez hasta el puente de la Soledad, ornados de capas pluviales, no sé si cantándole. . . . *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus*; recibimiento poco decoroso fué este á fé mia: hubo varias penitencias y votos que algunos menguados hicieron por tal advenimiento, como quien hace morcillas al diablo por la llegada del libertador; por ejemplo el *Dr. D. Antonio Ibañez de Corvera*, que fué provisor durante el gobierno de los insurgentes y muy bien tratado de ellos, en testimonio de su lealtad gachupinesca anduvo *pro voto* de rodillas desde la puerta del cementerio de la Soledad, hasta el altar mayor de la Virgen. ¡Cuidado, que es muy largo trecho, pues se pueden correr cañas! aunque mi hombre para suavizar la penitencia pudo haberse puesto unos cojincitos en las rodillas, así como Sancho se consideró mucho en el vúpulo por el desencanto de Dulcinea reparando de mano airada recios azotes sobre el tronco de una encina.

na que conmovieron el alcornoqueño corazón de D. Quijote; magüer todo esto digo, que es imposible dejara de hacerse dos grandes mataduras en espacion de su sandez y bobería; sacrificio que no le valió, pues los españoles se resistieron despues á darle posesion del deanato de aquella iglesia, porque aun no tenia compurgada la nota antigua de insurgente.

No obstante de que como he dicho, todo estaba dispuesto para recibir al general español, este para cumplir con los deberes de tal, hizo al *que mandaba las armas de Oaxaca* (que era ninguno porque estaba vacía, y podia entrar *pro derelicto* y evacuacion) la intimacion siguiente, que inserto á la letra, tal cual se lee en la Gaceta núm. 567 de 3 de mayo de 1814. Pido atencion, pues es trozo digno de ponerse al lado de los del librito intitulado *Historia de los Doce Pares de Francia*.

„Las armas invencibles del soberano, mas amado de todos los habitantes en Europa Fernando VII, rey de ambas Españas, marchan á mis órdenes para la reconquista de esta provincia. No he tenido la menor oposicion á mi entrada: vuestros faciosos compañeros, como *Rayon* y otros, han huido aun antes de presentarse á nuestra vista; marchan fugitivos y errantes por los montes: entierran la artillería que ha caído en manos de una seccion que envié á perseguirlos: vuestro nominado generalísimo ha sido batido y derrotado, como *vos* no ignorais, en todas cuantas acciones ha tenido, huyendo sin amparo, de las tropas de S. M. . . .

„Ningun recurso os queda mas que el entregaros á discrecion; mas si tenaces en vuestro ridículo capricho tratais de defenderos, vivid persuadidos que mis tropas son aguerridas, que sereis sumergidos, quizá cuando imploreis el perdon será tarde; por la menor gota de sangre que se derrame en esa ciudad de mis tropas, correrán por ella arroyos vuestros; el menor insulto á cualquiera habitante lo castigaré con el último suplicio. Estais amenazados por todos los puntos, no lo ignorais; pensad con reflexion lo que haceis. Aguarda vuestra contestacion, teniendo el honor de *saludaros*, † el general en gefe, gobernador intendente de la

† No creo viene bien en la etiqueta tener á honor el saludar á un hombre á

provincia de Oaxaca.—*Melchor Alvarez*.—Sr. comandante de armas y gobernador de Oaxaca.”

A esta intimacion digna de un Sesostris, que osó llamarse en Egipto *Rey de Reyes*, é hizo atar á su carro á los soberanos cautivos, respondió D. Luis Ortiz de Zárate, oficial viejo y chaqueta neto (que abrigamos como víbora en nuestras entrañas) que aquello estaba por el *amado, llorado, suspirado, adorado, plañido y moqueado*, Fernando VII. Este es el mismo contraste que Miguel de Cervantes presenta entre los retos y amenazas de D. Quijote, y la respuesta que el pacífico ventero le dió cuando le dijo que no tenia agravios que vengar, &c. &c., y que él era muy hombre para no dejarse jugar de nadie los vigotes de la cara.

Intimaciones y baladros de la misma calaña hizo á los cabildos eclesiástico y secular: ambos salieron á recibirlo; pero no son estas dos corporaciones las que hicieron el principal papel en esta comparsa, aunque lo hicieron bien ridiculo; fué una colluvie de viejas y algunas de la vida airada, que se presentaron vestidas de túnicos blancos, *descalzas y coronadas, de flores*, mostrando unos horribles juanetes en los piés, y uñas de águila, corvas y encanutadas, llevando coronas de flores para ornar la cabeza de Alvarez y de sus oficiales, y así pasaron el rio de *Atoyac* para merecer gracia delante de este nuevo Alejandro. Si hubiera venido entre los de aquel convoy alguno de los que han leído los Viajes de Anacarsis por la Grecia, y hubiese traído moblada la cabeza de lo que cuenta de las fiestas religiosas de aquellas bellas teorías de jóvenes que se veían en ciertos tiempos poblando el aire de cánticos y perfumes, y engalanando á la misma naturaleza con su gentileza y denuedo, creeria hallarse allí. . . . Mas ¡ay de mí! aquella colluvie de hembras feas y esclavas, que venian á besar los piés de sus antiguos dominadores, solo era un acervo de viejas gangosas, muchas de ellas comparables con la que se presentó á S. Antonio en el Desierto con un racimo de dátiles para tentarlo. . . . Estas fueron las que dijeron *Hosána á*

quien se le ha echado el *vos* por *vos*, y se le ha tenido por indigno de un *usted*: todo es raro en este mensaje.

Alvarez, las que echaron flores por donde pasaba, y las que serán en todas edades el objeto del desprecio de las generaciones venideras. Yo no pierdo la esperanza de ver representar esta escena en algun retablo ó *totili mundi* al ruido de una desentonada dulzaina, así como el ataque de Costillares el torero en Madrid, y que el tiritero diga. . . . vean Vdes, Sres., y estenme atentos: he aquí la entrada del general D. Melchor Alvarez en Oaxaca, y recibimiento que le hicieron las Dueñas. . . . Todas van descalzas haciendo muecas y requiebros, echando flores en derredor de sus tiranos, como los indios de Motheuzoma recibieron á los españoles. . . . ¡Oh Oaxaca! ¡Qué lugar tan triste ocuparás en la historia de nuestra revolucion! Viéronse además de esta viejas livianas algunas de las tenidas por señoras que sentadas junto á dos barriles de aguardiente con un vaso de este licor en cada mano, gritaban. . . . ¡Viva España! ¡mueran los insurrectos! y brindaban á la canalla soldadesca española. ¡Vah! la pluma se retrae de escribir bajezas.

Pasaron aquellos momentos de criminal entusiasmo, y comenzó muy luego á desarrollar el bárbaro despotismo sus fuerzas contra los débiles. Alvarez se daba el tono de un virey, y recordaba á los buenos la memoria de aquella noble sencillez y comportamiento de los modestos gefes republicanos: comenzaron los pedidos, á pesar de haberse encontrado cantidades en la tesorería nacional, y tambien se acordaban de que en los días del gobierno de Morelos no se impuso ni un real de gravámen, ni se aquejó á nadie. El bárbaro cura Terron de Pápalo, español, mandó unos infelices indios que ni aun sabían hablar castellano en clase de prisioneros, y se les fusiló desapiadadamente: hízose lo mismo con el alférez *Aguilera*, de quien ya he hecho mención, porque se le encontraron las banderas de su regimiento, y ni aun se le reclamó al mayorazgo Magro por el pendón con que proclamó la obediencia á la junta de Zitácuaro que conservaba en su poder, y era notorio á todo el lugar: cada gefe se tenia como un general, y cada soldado como un oficial, y todos se creían con derecho á insultar á los vecinos pacíficos y mandar despóticamente en sus familias. Veiase el juego y la disolucion sin

término ni recato, y parece que se hacia gala de presentar aquellas escuelas para que en ellas se corrompiesen las costumbres. El bajo pueblo empeñado en agradar á sus dominadores insultaba á las familias mas honradas con el epíteto de *reselladas*, y las provocaba con cantigas insolentes. Aquellos españoles que en el Correo del Sur núm. 8 insertaron un manifiesto protestando con encarecimiento su obediencia al gobierno americano, y que pidieron se economizase la sangre hasta por la que Jesucristo derramó en el Calvario, estos mismos se mostraron orgullosos, y braveaban olvidados de la clemencia con que habían sido tratados. ¿Pero qué digo? aun el nuevo provisor nombrado y venido de Puebla con la espedicion, (el canónigo D. Jacinto Moreno y Bazo) pesó su autoridad sobre los eclesiásticos que habían mostrado afecto al partido americano, siendo así que él había sido servido en cuanto solicitó por gracia de Morelos. Tal era el estado de opresion en que gemia la desventurada Oaxaca en abril del año de 1814, hasta últimos de julio de 1821 en que recobró su libertad perdida, para recibir los nuevos grillos que la puso Iruela Zamora, ahijado y protegido de Iturbide, y que despues procuró remachar D. Antonio Leon con achaque de *libertador* de aquel pueblo, mirándolo como no veria un propietario á su heredad, que procuraria refaccionar y mantener.

Varias circunstancias notables presenta la entrada de Alvarez en Oaxaca en el mismo día de su ingreso, y que han dado motivo á glosas malignas. La principal dice relacion al intendente *Murguia*. Reconocido este por el ciudadano mas digno de mandar, lo aprobó el Sr. Morelos, y aun sufragó por él. Retirado del congreso de Chilpancingo tornó á servir su empleo político, y fungia en él cuando recibió al general Alvarez, á quien entregó el baston materialmente delante de un gran concurso; pero Alvarez se lo devolvió diciéndole que estaba *en buenas manos, y á satisfaccion del gobierno de México*. ¿Quién con tal aseveracion no creeria que Murguia había hecho traicion á la causa? Mas lo cierto es, que á poco se le quitó del destino, se le procesó, se le mandó á México á responder á varios cargos, y Batañer falló que *era indigno de obtener ninguno*, siendo preciso que